

de los hombres fueron conmigo para atacar el oso. Los perros llegaron primero. El oso agarró á los perros, los abrazó y los mató. Entonces nos arrojamos sobre él con nuestras hachas, y después de un reñido combate, lo matamos, lo llevamos á casa, y lo comimos. Fué grande ayuda para nuestra provisión de invierno. »

Un día al anoche, mientras que Eduardo estaba á caballo con su rifle colgado á la espalda, principió á ladrar su perro á algo que se aproximaba. Estaba entonces próximo á la pradera, con un pequeño bosque muy inmediato. Alzó la vista y creyó ver que se le aproximaba un animal grande. Al acercarse más, vió que era un hombre á caballo. « ¿Sois inglés? le gritó el individuo. — ¡Sí, lo soy! — ¿Adónde vais? — Bien, voy cabalmente á mi casa. Venid conmigo, y recibid nuestra hospitalidad. » Á la verdad, cualquier extraño era el bienvenido en estos llanos, en los bosques, ó en las praderas. Todos eran tratados con la acostumbrada amabilidad y hospitalidad.

Después de una inversión grande de capital, cambió muchísimo el aspecto del país. Se sembraba mucho grano y se criaba ganado, pero no sin un inmenso trabajo de varias clases, y ni lo más mínimo de éste protegía las cosechas y el ganado de los ataques de animales salvajes. Eduardo Flower tomaba una parte activa en todo este trabajo, y fué sin duda alguna, esta enseñanza práctica, y no el maestro de escuela de Warrington lo que le ayudó á formar su notable carácter enérgico, y le enseñó á no abandonar empresa alguna porque fuera difícil, ni á cejar ante los obstáculos que pudieran ser vencidos por la energía y el trabajo.

La verdad era que Mr. Flower, el mayor, había cometido un error comprando una propiedad tan grande antes que estuviera rodeada por una población consumidora. El país estaba aún despoblado. Pasaron unos veinte años antes que los emigrantes llegasen hacia el oeste, en donde estaba el Wabash. Albión estaba á unas quinientas millas delante de los pobladores. La consecuencia fué que Mr. Flower tuvo las mayores dificultades para poder vender su ganado y demás productos.

Con todo, los emigrantes se aproximaban, y muchos de ellos se establecieron cerca de Albión. Muchos de los negros libertos que habían comprado su libertad, vivían en el pueblo, y se convirtió en lugar próspero. Algunos de los emigrantes ingleses fracasaron, y se vieron obligados á regresar á su país. Entre éstos estaba Mr. Hookham (ahora librero en la calle Bond de, Londres), quien emigró con su mujer, y trató de establecerse. Un día fué á visitarlos el joven Flower, y los halló matando un ave. La señora se desmayó cuando vió la sangre. Abandonaron su establecimiento y regresaron á Inglaterra.

Otra de las dificultades con que tropezaron los Flower eran los esclavos, cautivos ó libres. Se recordará que el río Ohio separaba el Estado libre de Illinois del Estado esclavista de Kentucky. Había muchos esclavos, que estando en poder de buenos amos, podían comprar su libertad. Aquellos de la parte oeste de Kentucky cruzaban el río, y en su mayor parte se establecían en el creciente pueblo de Albión. Pero había también multitudes de esclavos en manos de amos, al otro lado del río, que eran tratados con bárbara crueldad. Los maridos, las mujeres y los hijos eran separados unos de otros y vendidos indistintamente en todas partes de los Estados esclavistas. Muchos de los esclavos, hombres y mujeres, se escapaban de sus amos, cruzaban los ríos, y se escondían en los pantanos y en los bosques, para disfrutar de la libertad. Muchos pasaban á nado el Ohio, y se refugiaban en Albión. Otros se iban hacia el norte hasta que llegaban al país libre del Canadá.

Los dueños de esclavos rastreaban á éstos con mastines, y á menudo los volvían á llevar á sus trabajos, y aumentaban sus castigos. Por esta época cruzó el Ohio una cuadrilla organizada de *kidnappers*, que se esforzaba en capturar á los negros, tanto esclavos como libres, para llevarlos aguas abajo por el Mississippi, y venderlos en Nueva Orleans. Uno de los negros esclavos fué tomado á su servicio por Mr. Flower. Era un lindo negro, hombre excelente y servidor eficaz. Mr. Flower le dijo un día: « Debes ser esclavo de seguro; ¿ó has comprado tu libertad? » « No, patrón, dijo el esclavo: pero

mi amo me azota tanto, y me trata tan mal, que me he visto obligado á huir. » Al poco tiempo de esto llegó allí su amo acompañado de su cuadrilla, y le encontró trabajando en la granja de Mr Flower. En el acto lo hizo agarrar, le puso esposas, y se lo llevó á la fuerza.

Pero el esclavo volvió á huir de su amo, y se refugió en casa de Mr. Flower. Estaba cansadísimo y medio muerto de hambre. «El amo está muy cerca, me viene siguiendo», dijo él. El joven Flower metió al individuo en un pozo, y puso encima una tabla. De tiempo en tiempo le arrojaba pan. El amo que le perseguía, buscó por todas partes, y no pudo hallar al esclavo. El joven Flower sacó al individuo de su pozo, le dió de comer y le dijo que huyera á todo escape. En el acto se dirigió hacia el norte para el Canadá. Pero antes que pudiera cruzar el río, se habían puesto sus perseguidores sobre su pista. Le cogieron, le pusieron esposas, y le entregaron á la justicia! Le dijo á su amo que jamás sería esclavo, que no quería volver con él, aunque le costara la vida. Así pues, cuando el constable fué á apoderarse de él como á esclavo fugitivo, sacó una pistola que tenía escondida en la ropa y le mató de un tiro. El esclavo fugitivo fué ahorcado inmediatamente.

Había decenas de casos iguales á éste. Flower estaba avergonzado con semejantes hechos que tenían lugar en un país que se titulaba libre. Principió á pensar en abandonar el país, pero había invertido tanto capital en poblar y en formar el distrito que se abstuvo por algún tiempo. Los *kidnappers* continuaban aumentando. Venían en cuadrillas, cazando negros por todo el país. Los traficantes de esclavos resolvieron hacer lo posible para que saliera del estado Mr. Flower. Pero él no quería salir sin una fuerte lucha. Los magistrados eran entonces de un género muy singular. Un día que Mr. Flower fué á ver al señor De Pugh, el magistrado que estaba más próximo, para haerle firmar ciertos documentos, encontró al señor de Pugh sentado en su cama completamente desnudo. «Vamos, dijo, creo que debo ponerme alguna de mis cha-

quetillas. » En seguida se levantó y firmó. Mr. Flower hizo relación con otro magistrado, Mr. Moisés Michel, quien después le fué útil, como lo demostrará el siguiente relato :

« Tenía entonces diez y ocho ó diez y nueve años », dice Mr. Eduardo Flower, regresaba á mi casa con otra persona, muy cansado y fastidiado, pues había estado caminando todo el día. Cuando me aproximaba á mi casa, llegamos á un sitio en el bosque en que oímoa un fuerte altercado que tenía lugar entre los chaparrales. Oí las palabras «mientras viva no he de soltar las riendas ». ¡Era la voz de mi padre! En el acto me abalancé con mi compañero, y encontré á mi padre que tenía las riendas de un caballo, sobre el cual estaba amarrado uno de nuestros negros libres. « Si no soltáis, dijo uno de los *kidnappers*, os pego un balazo en el acto. » Inmediatamente me eché sobre él, y le di un golpe con mi hacha. Mi compañero se fué al otro, y casi le cortó el brazo. Mi padre fué salvado, y los *kidnappers* huyeron inmediatamente por el bosque.

» En el acto obtuvimos una orden para su prisión, dada por Moisés Michel, el magistrado. Supusimos que los *kidnappers* habrían venido del otro lado del Wabash por un punto dado. Nos resolvimos á capturarlos. Tomé la dirección de nuestra partida, y el magistrado nos acompañó. Partimos tarde de la noche, y llegamos al Wabash cuando despuntaba el alba. Fuimos al embarcadero y vimos que los *kidnappers* no habían pasado. Regresamos y atamos los caballos á los árboles y anduvimos como una media milla á nuestro frente, en el camino trillado por donde debían venir los *kidnappers*. Después de haber esperado algún tiempo, sentimos que los traficantes se aproximaban á caballo. Les oíamos por sus pisadas sobre las hojas secas y ramas quebradas. Se nos aproximaban y pronto los tuvimos á la vista. El magistrado nos ordenó que cada uno apuntara á su hombre con el rifle. Todos estuvimos prontos. Cada uno de la cuadrilla que venía, tenía alguien que le estaba apuntando; los rifles estaban montados.

» El magistrado se adelantó. « Hombres, les dijo, ¡rendíos! ¡Cada uno de vosotros está cubierto! tengo orden de prisión

contra cada uno de vosotros.» Los hombres se detuvieron para consultarse. « ¡No, no! », dijo el magistrado, « rendíos inmediatamente. Si os movéis, se hará fuego sobre todos. Vamos, pues, desnudaos todos, y venid aquí para ser atados. » Al fin dejaron sus armas, se desnudaron, y se adelantaron uno por uno, y fueron atados.

» Eran ocho entre todos. Tenían que ser llevados como unas veinte millas atrás para ser juzgados en Albión. Pero cuando estábamos en camino, me dijo el magistrado : « Creo que tenemos demasiados entre manos; hay dos, individuos menos malos á quienes podríais soltar dándoles algún consejo. » Fueron desatados y se les dejó ir. Otros dos hombres fueron hablados, y prometieron que nunca volverían á tomar parte en empresas semejantes. También se les soltó. Entonces quedaban los presos reducidos á cuatro, los peores y más inveterados en sus instintos de capturar negros libres. Los cuatro fueron juzgados, sentenciados, y condenados á dos años de prisión con trabajos forzados en la penitenciaría de Vandalia. » Así fué destruído á lo largo del Ohio, la costumbre de robar hombres, y gracias á los poderosos esfuerzos de Mr. Flower y de la colonia inglesa, se impidió que el Illinois fuera un Estado esclavista.

Mientras tanto estaban los *kidnappers* sedientos de la sangre del joven Flower, y se formó una cuadrilla para asesinarle. Había sido la persona más activa y enérgica en la colonia para acabar con los *kidnappers*; y ahora debían sufrir por ello él ó su familia. Sucedió que tuvo conocimiento de sus intentos Jack Ellis, un habitante de los bosques. Jack había sido el maestro del joven Flower, y le acompañaba en sus correrías en busca de los venados por los bosques y las praderas. De ese modo había llegado á tener gran cariño á su joven patrón. De algún modo debió estar relacionado con los *kidnappers*, y así supo su intención de asesinar á Eduardo. Á éste ya le habían descerrajado un tiro estando sentado al lado de la chimenea. Una noche penetró una bala por la ventana é hizo pedazos el espejo que estaba detrás de su cabeza. Toda la familia se puso

de pie y se dirigió velozmente á la puerta; pero los *kidnappers* se habían fugado.

La lucha se hizo más ardiente. Una noche fué Jack Ellis á ver á la hermana de Eduardo, y le dijo como un secreto que los *kidnappers* estaban resueltos de todos modos á quitarle la vida á su hermano. « Mi opinión, le dijo, es que Eduardo debe abandonar la comarca en el acto, si quiere evitar el ser asesinado. » Siguióse el consejo de Jack. Mr. Flower, padre, despertó muy temprano á Eduardo por la mañana siguiente, y emprendieron desde luego su marcha para Inglaterra. Pero ahora viene la tragedia. Dos noches después, cuando aun no era conocida su marcha, llegaron á la casa una vez seis *kidnappers*, y preguntaron por el joven Flower. La noche estaba obscurísima, y no se pudo reconocer á los individuos. Un joven, Ricardo, primo de Eduardo Flower, y muy parecido á éste, salió á la puerta. En el acto le cogieron los individuos, le golpearon con sus hachas, y le dejaron muerto en el sitio. El desgraciado Ricardo fué muy sentido; pero nunca se pudo descubrir á sus asesinos.

Quando Eduardo se fué de su casa, ordenó que su perro favorito « Penuito » fuese encerrado. El perro estaba siempre con él, dormía con él, y cazaba con él. El perro no quería ser separado de su amo. De un modo ú otro consiguió salir, siguió la pista de su amo hasta el buque, y subió á bordo. Fué sacado de allí, y puesto en manos del hermano de Flower. Quando el buque salió del embarcadero, soltóse el perro de las manos de su hermano, y se echó al Ohio. Por supuesto, no se podía atender al perro. El buque continuó su marcha, y lo último que vió Flower fué á su perro nadando aguas arriba por el Ohio, hasta que sólo fué un pequeño punto lejano.

Eduardo y su padre se embarcaron para Inglaterra en un pequeño bergantín de 150 toneladas. Eran los únicos pasajeros. Desembarcaron en Liverpool en 1824. Cerca de siete años habían pasado desde que habían salido del mismo puerto, y todo estaba muy cambiado. Eduardo había crecido de muchacho de trece años á ser un hombre bien desarrollado de

cerca de veinte años. Aun estaba vestido con el traje de los pobladores de los bosques — un gorro de cuero de zorro con la cola pendiente sobre sus espaldas, una chaquetilla de cazar, adornada con flecos, calzones de cordobán, polainas negras, por calzado unas mocasinas, y un sobretodo obscuro encima de todo. Desde luego se vistió con ropas á la europea.

Poco después se dirigieron ambos á Barford, en Warwickshire. Después de permanecer allí algún tiempo, fueron á visitar á Benjamín Flower, redactor de un diario de Cambridge. Sus hijas eran Elisa y Sara Flower. Esta última autora del bellissimo himno que se canta en todas las iglesias, *Nearer my God to thee*. Algunos meses después fué Eduardo á New Lanark, en Escocia, para ver á Roberto Owen, que era tenido entonces por un gran filántropo. Á su regreso á Londres para reunirse con su padre, le dijo que su intención era quedarse en Inglaterra para adquirir alguna educación. Sorprendióse su padre, pero el hijo persistía en su propósito. No reveló su secreto; pero lo que lo impelia á quedarse en Inglaterra era el amor. Su padre convino en dejarle dos mil libras esterlinas en ganado americano, con cuyo interés podía arreglarse bien para vivir; y de no, ahí estaba su casa en América, á la cual podía regresar cuando quisiera.

Después de ver á su padre, que se embarcó en Liverpool, regresó á New Lanark con Roberto Dale Owen. Allí recibió su primera educación literaria, aunque la educación práctica que había recibido en los lejanos bosques, probó serle mucho más útil en su vida ulterior. Durante unos quince días vivió en casa de Roberto Owen, y después en una casa de huéspedes. Estando de paseo un día, encontró á un caballero que le preguntó por el camino de New Lanark. Contestóle: « Os voy á conducir, yo vivo allí mismo. » Ambos entraron en una conversación, amistosa. Resultó que el caballero era el doctor Andrés Combe, de Edimburgo, que iba para ver por sí mismo las admirables cosas que se habían hecho en New Lanark en la educación de los niños y niñas de los talleres. El doctor Combe comió con el joven poblador de los bosques, comuni-

cándole éste más tarde y con franqueza su historia y su intento de *obtener educación*. « Bien, dijo el doctor, seguid una gramática de Murray, y dedicaos desde luego á leer. « Leed los mejores libros, y pensad sobre ellos. No hallaréis dificultad ninguna. »

Flower continuó durante seis meses sus estudios en New Lanark. Trabajó tanto con sus libros que perdió su salud. En verdad que había una gran diferencia entre estar sentado sobre una silla en su pequeña habitación, ocupando su cerebro con aprender y escribir palabras, y andar de aquí para allá en las praderas del lejano Oeste, bebiendo las deliciosas brisas de la libre atmósfera. Finalmente abandonó á New Lanark y viajó á pie desde Edimburgo hasta Londres, á través de pueblos y ciudades, que eran siempre maravillas para él. Vivió durante seis meses como discípulo, con el doctor Kelly, de la plaza Trinidad, en Londres, y con él se perfeccionó en la aritmética, álgebra, y otros ramos de la educación superior.

Tenía entonces veinte y un años, y estaba dispuesto para los negocios. Fuése á Birmingham, y se empleó como dependiente de un comerciante de granos en comisión, con un salario de cien libras esterlinas al año. Se le encontró tan útil, que á los dos años ganaba un sueldo de cuatrocientas libras esterlinas anualmente. Se casó entonces con una noble y afectuosa mujer, y después de este, fué agradable su camino de la vida. Establecióse en *Stratford-upon-Avon*, donde llegó á ser uno de los más grandes cerveceros del país. Fué regidor mayor del pueblo por cuatro años, y juez de paz del condado de Warwick. En todas partes era honrado y respetado. Su hogar era el hogar de la hospitalidad; amaba sobre todo á sus amigos americanos, y en el verano estaba su casa llena de ellos. Organizó y llevó á efecto el tricentenario de Shakspeare en 1864, en su elegante estilo.

En ese año tuvo un ataque de parálisis, y se retiró de los negocios. Pero tenía en sí una admirable fortaleza y grandes bríos. En 1868 tuvo otro ataque, y perdió el uso de un costado de su cuerpo. Sin embargo, se presentó en 1865, como

candidato al Parlamento por North Warwickshire. Fué derrotado, pero no abatido. Volvió á intentarlo por Coventry, en 1872, pero fué derrotado otra vez. Tuvo otro ataque en 1869 y perdió el uso del idioma inglés. Vióse obligado á principiar con los nombres, adjetivos, adverbios, y demás.

Se fué á Roma, y mejoró su salud. En seguida se fué á Pau, en el sur de Francia, En todas partes vió la crueldad con la cual eran tratados los caballos, las mulas, y los burros. Esto le afligía sobremanera. Cuando volvió á vivir en Londres, en 1873, puso mano á la obra para extirpar el mal que se causaba á los caballos particularmente por el uso de frenos y de riendas de cabezada. Compró un caballo negro. Había sido enfrenado y torturado antes. Curó en el acto al caballo quitándole los instrumentos de tortura. Escribió una carta al *Times*, y fué publicada por intermedio del difunto sir Arturo Helps. Á ruego suyo escribió sir Arturo su obra sobre los *Animales y sus amos*. Fué á una reunión de la Sociedad Protectora de los Animales, y encontró una docena de carruajes á la puerta, con los caballos amordazados, con la cabeza levantada por medio de frenos y riendas de cabezadas, y que estaban parados allí hacía varias horas. Se dirigió á la Comisión, pero no le quisieron escuchar. El presidente le ordenó que saliera de la sala.

Continuó en su propósito á pesar de todo. No era fácil amordazarle. Escribió cartas á todos los periódicos, que éstos publicaban. Despertó el espíritu público en favor de este asunto. En seguida publicó su folleto, sobre « Frenos y riendas de cabezada », y lo repartió en abundancia por todo el país. Fué seguido por « Los caballos y los arneses », segunda parte del primer folleto. El señor Flower hace la siguiente descripción del modo de poner arneses á los caballos de un carruaje elegante : « Se usa una rienda de cabezada bien tirante para tener levantada hacia atrás la cabeza de los caballos, una martingala fija para tirarla hacia abajo, tapaojos ajustados para que no vean su camino, gruperas que tienen que estar fuertemente apretadas para conservar en su lugar las riendas de

cabezada, de manera que las cabezas y las colas de los animales están atadas fuertemente la una con la otra. Para conseguir un poco de comodidad acortando su lomo cuando está parado, extiende el caballo sus manos más allá de su posición natural, mientras que las patas traseras son echadas hacia atrás en proporción, causando esto inflamación y cojera navicular. La rienda cabezal tirante, al mantener la cabeza en una posición innatural y fija, violenta la tráquea y los órganos respiratorios, produciendo la respiración ruidosa y otras enfermedades. La cabezada de las riendas es frecuentemente muy corta, lastimando por eso la parte baja de las orejas, también la testera que cuando está ajustada, además de unir demasiado á los tapaojos, tira hacia adelante la cabezada de las riendas, de modo que oprime y lastima el dorso de las orejas, y cuando el caballo da muestra de malestar levantando la cabeza, es castigado con mayor número de correas y más tirantes, molestándose rara vez el cochero para averiguar la causa de la irritación y ponerle remedio.

« La moda es poderosa — más poderosa, me lo temo, que la humanidad — con todo, aun tengo esperanza. La moda ya no manda que los caballos sean desorejados, tarjados y que se les corten las colas; por esto puede ser que desaparezcan estas nuevas formas de contorsión y crueldad. Si algunos cuantos jefes de la moda se unieran con algunos hombres y mujeres de sentido común y amantes de la humanidad, bien pronto borraríamos esta mancha de nuestra civilización. Siéntome feliz por haber podido hacer oír mi débil voz en esta causa; y agradezco de todo corazón á todos aquellos (y son muchos) que se han adelantado á ayudarme y á estimularme. He de perseverar, y, aunque soy viejo, no desespéro de vivir lo bastante para poder hacer que se grabe sobre la losa de mi sepulcro : « Fué uno de los hombres que más contribuyeron á que se aboliera el uso de la rienda de cabezada. »

Mr. Flower apela á las señoras, como si las señoras fueran entre todos las más crueles, en su tratado de los animales « Á las señoras, dice, se las acusa de que les agrada ver á sus

caballos con las cabezas levantadas hacia arriba y haciendo cabriolas con las patas. Es seguro que es así, porque no saben cuánto más gracioso es ver á un caballo hermoso y bien mantenido en sus movimientos libres y naturales. Mirad, señoras, las bocas de vuestros caballos. No hagáis caso de lo que os digan vuestros cocheros sobre la necesidad de la bárbara atrocidad de usar riendas de cabezada con mordaza, y frenos mulares y el uso exasperante del látigo. Aprended á conocer los delicados órganos de los animales á quienes debéis tanto de vuestro confort y placer, y ellos os pagarán con usura vuestra consideración y bondad. »

El resultado de la tarea de Mr. Flower hasta el presente ha sido que se ha suprimido por caballeros humanitarios, como un treinta por ciento de la tortura aplicada por las riendas de cabezada. Sólo falta alistar á las bondadosas señoras para que hagan desaparecer el resto de la crueldad. « Es contra la ignorancia, la preocupación, la moda, y en muchos casos la porfiada crueldad, contra las que hay que luchar. Estoy contento en haber hecho muchos conversos, y espero que podré continuar hablando, escribiendo con la ayuda de mi mujer, molestando probablemente á mis amigos y al público, hasta que quede desterrada de este país que se titula civilizado, el espectáculo, que ahora se ve diariamente, de caballos echando espuma por la boca, atormentados y enloquecidos por el dolor producido por las barbas, las mordazas y los látigos. Id al parque ó á las calles de moda, y mirad á los amordazados caballos, ya estén parados ó en movimiento, y veréis que mi pintura de la « tortura » no es exagerada; y las bellas dueñas de los carruajes están sentadas sonriendo inconscientes del dolor que están causando, el cobero indiferente á ello, alegrándose quizá de tiranizar á las desgraciadas víctimas de su ignorancia, de su mala índole, ó de su « presunción ».

Hace poco que lord Leigh escribió á Mr. Flower : « Os felicito por vuestro éxito, y espero que no está distante el día en que un caballo con rienda de cabezada sobre sí, sea un ob-

jeto tan raro como lo es un soldado con armadura; y si llegara ese afortunado día, podréis experimentar la satisfacción de haber hecho un servicio tan grande á los animales como en su tiempo lo hizo Wilberforce á los pobres esclavos. »

Mr. Flower no se contentó con ayudar á los caballos de carruajes. En seguida se fué en ayuda de los caballos de los carros. Á los setenta y cinco años de edad, después que hubo festejado sus bodas de oro, escribió, con la ayuda de su mujer: « Las piedras de Londres », muy diferentes de « Las piedras de Venecia », por Ruskin. Puso en la primera página de su obra el retrato de Macadam, el gran mejorador de los caminos. Pero los principios de Macadam hacia mucho que estaban olvidados. Los caminos de Londres estaban todos cubiertos con piedras grandes: y su corazón se hubiera oprimido al ver el efecto de su sistema, en la manera de ser ejecutado por municipales ignorantes en compañía de contratistas corrompidos. En tiempo de Macadam, tenían que pasar las piedras por un anillo de dos pulgadas, y no debían tener mas de seis onzas de peso. Las piedras tenían que ser partidas de modo que se unieran por sus ángulos en un cuerpo firme, compacto, é impenetrable. Pero las piedras son puestas ahora tan grandes que muchas de ellas son del tamaño del puño de un hombre. ¿Cómo pueden los pobres caballos arrastrar sus carros tan excesivamente cargados sobre piedras tan imposibles? Esto hizo que Mr. Flower pusiera manos á la obra; y de aquí su folleto. Invadió á las comisiones municipales, y expuso sus quejas. El criterio mismo lo proclama en las calles, pero ningún concejal le hace caso. ¡ Esperemos que la voz de Mr. Flower no clamará en vano mucho tiempo más!

En todo, consideramos á Mr. Flower como un verdadero amante de las criaturas de la misma especie, no solamente de los hombres, sino también de los animales. Durante la guerra entre el norte y el sur de los Estados Unidos de América, recorrió todo este país, dando conferencias sobre la libertad de los esclavos africanos. Permanecía fiel á los instintos que habían llenado su alma con esa idea en el Illinois. Cuando su

padre murió en América, mientras hacía estragos la guerra civil, dijo de él un periodista americano : « En la lucha llena de peripecias que acompañó á la tentativa de 1823 para legalizar la esclavitud en el Illinois, ninguno se alistó con más verdadero heroísmo que él. Nosotros, que somos del día, y en medio de la espantosa conmoción de la guerra civil, no podemos comprender sino muy pobrememente la ferocidad y los sombríos prodigios de esa lucha. Tan equilibrados estaban los partidos contendientes del Estado, que el voto de la colonia inglesa, siempre fiel á los instintos de la libertad, inclinó la balanza ; siendo un puñado de robustos bretones la aislada esperanza para apoyar el triunfo sobre la injusticia y la opresión, cuyo éxito hubiera sellado para siempre el destino de la libertad republicana y constitucional en América. »

Que no se olvide cuando se llegue á escribir el epitafio de la tumba de Eduardo Fordham Flower, y pueda él ver aún que se ha puesto un término á las torturas aplicadas á los caballos, contra las cuales ha combatido tan valerosamente durante su vida.

## CAPÍTULO XV

## La responsabilidad.

Así, pues, cuando muere un hombre bueno, por muchos años más allá de lo que se puede ver, está sobre la senda que recorren los hombres, la luz que deja tras de sí. — LONGFELLOW <sup>1</sup>.

Porque su casta musa empleaba su lira enseñada por el cielo, nada más que para inspirar las más nobles pasiones, ni un pensamiento inmoral, ni corrompido, ni una sola línea, que al morir hubiese querido borrar. — LORD LITTLETON, *Sobre Thomson* <sup>2</sup>.

Aprende como si hubieras de vivir siempre; vive como si hubieras de morir mañana. — ANSALUS DE INSULIA <sup>3</sup>.

El deber principia con la vida, y termina con la muerte. Abarca toda nuestra existencia. Nos manda que hagamos lo que es justo, y nos prohíbe hacer lo que es culpable. Principia con la educación de los niños. Nos manda alimentarlos, instruirlos, educarlos, y conducirlos con nuestro ejemplo, por el sendero del bien.

1. So when a good man dies.  
For years beyond his ken,  
The light he leaves behind him lies  
Upon the paths of men.

LONGFELLOW.

2. For his chaste muse employed her heaven — taught lyre,  
None but the noblest passions to inspire,  
Not one immoral, one corrupted thought,  
One line which, dying, he would wish to blot.

LORD LITTLETON, *on Thomson*.

3. Learn as if you were to live for ever; live  
As if you were to die to-morrow.

ANSALUS DE INSULIA.